

El “Mimo” entre los griegos

Escribe: MANUEL BRICEÑO JAUREGUI, S. J.

El instinto de imitación ha encontrado siempre su expresión en todos los pueblos. De todas las formas de entretenimiento, el **mimo** es a la vez la más primitiva y estable.

En el mundo antiguo existen juglares, acróbatas, diversiones públicas de todas clases realizadas por hombres y mujeres, que prueban sus múltiples habilidades en las plazas de mercado, en las calles, con motivo de festividades públicas, o en los banquetes privados —como cuenta Jenofonte en el **Simposio** para entretención de los huéspedes a la mesa.

Pero entre tantos sobresalen unos por la capacidad de remedar e imitar (**mimesis**). Platón refiere (**Rep.** 396 b) que unos relinchan como potros, o mugen como toros, o hacen el ruido del mar o de las cascadas y ríos, o de los truenos...

En los viejos tiempos, la habilidad en el gesto, en el movimiento de los brazos y cada músculo casi como los acróbatas, la expresión facial, es todo un arte llevado al máximo refinamiento.

Pero no son solo los individuos particulares: también existen pequeñas compañías de actores —probablemente con máscara— denominados **deikeliai**, nombre lacedemonio de los payasos, que representan escenas de la vida ordinaria “con simplicidad espartana”, como la del médico extranjero que responde a las consultas de su oficio en lenguaje y acento “bárbaros”. Otros se dejan llevar por la inspiración del momento y son apellidados improvisadores (**autokabaloí**), que salen coronados de yedra.

Para estos pobres cómicos —porque son de familias humildes— una plataforma cualquiera y una cortina barata les sirve

para subir a que todos los vean, o para permanecer ocultos detrás del escenario mientras les llega el turno. Y al paso que ellos trabajan, un colega pasa recogiendo las monedas que les dan los espectadores. Así es como se ve en algunas pinturas murales de la antigua Roma.

Hay otros espectáculos parecidos, pero de índole obscena, en que los mimos se cubren la cabeza con tomillo y hojas de acanto y con coronas de yedra y violetas, usan una túnica especial, salen marchando al compás y cantando a Baco un himno que como dicen los antiguos, “no conviene que lo escuchen las jovencitas”...

Todavía más: hay la farsa o **mimo** de los **phlyakes** (bufones), que distraen a la gente con burlas de la Mitología. Su vestido es bien ceñido y grotesco, para mucha risa de los pueblos de la Magna Grecia.

El **mimo**, desde los comienzos, suele estar cargado de indecencia y trivialidad. Al fin y al cabo, piensan ellos, el objetivo no es sino la carcajada (**mimos geloion**).

Y hay otra clase de representación sin palabras (**pantomimos**), en la cual el actor mímico es bailarín, porque entre los griegos la unión de la danza, la música y la mímica es íntima. Ellos procuran entonces imitar a los individuos en particular o grupos familiares, por medio de la danza y la expresión del cuerpo. Cuenta Ateneo (629 E), que un buen número de ballets helénicos es nada menos que imitación de animales (leones, zorras, lechuzas, grullas...), o de personajes típicos (mensajeros, danza laconia, el solo de los ladrones, el dúo tesalio del sembrador miedoso y el salteador, los amores de Dionisio y Ariadna...), o de escenas de la vida familiar, con un realismo impresionante, a base de la simple gesticulación.

El “mimo” literario

Paralelo a estos se desarrolla el **mimo literario** dialogado, muy cercano a la comedia, con escenas bufonescas, parodias groseras, o sainetes animados de la vida ordinaria. Este es, por excelencia, el **mimo** que sirve de esparcimiento al pueblo.

A juzgar por los títulos, se centra en personajes populares —luchadores en la palestra, boxeadores, citaredos, remendones, pescadores, campesinos, hechiceras, alcahuetas...—, o tipos ridículos, o son cuadros de costumbres.

Y se sabe de grupos de amigos que van por los pueblos presentando esas escenas, tejido todo con proverbios populares de sentido común, y acompañamiento musical.

En el siglo V antes de Cristo, **Sofrón de Siracusa**, el más famoso de todos los compositores de **mimos**, escribe unos exclusivamente de hombres (**andreioi**), o de solas mujeres (**gynaikeioi**), en prosa rítmica doria, o quizá en verso irregular (?). Cuentan que Platón los estudia e imita para aprender a trazar caracteres en sus diálogos. En el **mimo** el lenguaje es popular. Estas obras tienen el gran mérito de ser un valiosísimo vistazo a la vida del pueblo menudo, caracteres y tipos, en la antigüedad. Y, desde el punto de vista de la historia literaria, son una especie nueva, lo cual ilustra los métodos alejandrinos. Su nombre verdadero es el de **mimiamboi** (mimoyámbicos).

En el siglo III a. de C., el gusto por el **realismo** da gran popularidad a esta clase de farsa, e invade por mucho tiempo el teatro. Es muy probable que se representen como una recitación dramática. Uno de los más realistas mimólogos de la tercera centuria antes de nuestra era es:

Herodas de Cos (o Mileto) (c. 300 - 250 a. de C.) quien probablemente vive largo tiempo en la isla de Cos. Pero no se conocen mayores detalles de su vida. En 1891 Mr. Kenyon descubre un papiro (actualmente se conserva en el British Museum), que contiene unos 700 versos (porque todos estos **mimos** están escritos en versos colíámicos). Corresponden a ocho piezas, tan variadas como la vida humana. Siete están prácticamente completas. El lenguaje que emplea Herodas es dialecto jónico mezclado de formas dóricas y áticas.

Son presentaciones cortas, sutiles, no carentes de humor, de temas locales, aunque de poco valor literario. Como muestra traduciremos uno de estos, **El zapatero**, interesante retrato de un tendero parlanchín, a veces suave y adulator, a veces áspero.

Los demás temas están arrancados a la vida diaria de las clases bajas: conversación obscena entre **Dos amigas en la intimidad**; ofrendas de **Las devotas de Asclepio** ante un altar y, a propósito, un comentario a las pinturas de Apeles por las habladoras señoras; un cuadro de **Celos indiscretos** de una ama de casa con un esclavo; planes de infidelidad y exhortación a ello por parte de una desvergonzada **Alcahueta**; la madre que trae un hijo incorregible para que **El maestro de escuela** lo cas-

tigue, cosa que él hace de mil amores; un rufián de infame profesión (**El dueño del lupanar**) que presenta una demanda, en divertida parodia forense, contra un marino extranjero por un secuestro en su burdel; y el monólogo del **Sueño**.

“En pocas líneas Herodas nos presenta escenas muy entretenidas, con caracteres definidamente trazados, tanto más deliciosos cuanto no llaman la atención”.

EL ZAPATERO

(Un mimo de Herodas. **Texto íntegro**)

N. B.—Debido a las varias lagunas que existen en el original griego (A. D. Knox, Heinemann, London, 1961), hemos tenido que traducir algunos pasajes aproximativamente, o dejar puntos suspensivos.

Para el cálculo de la moneda de entonces, siguiendo el patrón ático, ayudará esta guía, sin que tenga absoluta precisión, porque el valor adquisitivo de la moneda de entonces es bastante distinto:

1 mina = US\$ 9.30; 1 estatera oro = US\$ 2.00; 1 dárico oro = \$ 2.00.

Personajes: Metro, una señora.

Cerdón, el zapatero.

Dos esclavos, acompañamiento de señoras que van de compras.

Metro:—Cerdón, aquí traigo estas damas a ver si tienes alguna de tus hábiles manufacturas, que valga la pena mostrarles.

Cerdón:—Ah, no en vano, Metro, yo te quiero tanto. Y, primero que todo, ¿por qué no sacas afuera la banca larga para estas damas? ¡Qué hubo, Drimilo, es a tí a quien estoy hablando! Ah, ¿otra vez dormido? Pistos, golpéale el hocico a este sinvergüenza, hasta que se le acabe el sueño. O mejor cuélgale del pescuezo una púa para debilitarlo. Y tú, **car'e mico**, deja esa tembladera de las rodillas. ¿Quieres aguantar castigos más pesados que estos? ¿Ahora no limpias y enjugas tú mismo (tu rabadilla)? Yo te lo voy a raspar (...).

Pero, siéntate, Metro. Pistos, abre (...) la alhacena. No, hombre, esa no, (...) la de más allá. (Muéstrales) mis excelentes trabajos, tráelos de arriba, del tercer (estante), tráelos acá para Metro (...). ¡Ah, las obras maestras que vas a ver!... Paciencia, abre primero el cajón de los zapatos (...). Esta suela, Metro, está perfectamente ajustada en todas sus partes: miren también Uds., señoras mías. Contemplan el talón qué bien hormado está, y qué bien terminado el trabajo con sus correhuelas por ambas partes, y no de un lado bien y del otro mal: es que todo, vean ustedes, es una perfección de manufactura. Y observen el colorido... —ojalá que de igual manera la Reina de Pafos (...) les conceda todo cuanto deseen (sus corazoncitos)! porque ustedes (no encontrarán) colores como estos en ninguna parte. ¿Dónde (...) una cera brillará así? Pues bien, miren, tres estateras de oro pagó Cerdón a Candas por este color y este otro. Y para no alargarme más, juro por todas las cosas santas y sagradas, que aquí no sale más que la verdad, y que (no se me escapa) ni una tentación de mentira: o si no, que Cerdón no saque provecho alguno de su vida o (de su negocio). Y que me den las gracias, (porque) —y esto es verdad— (los curtidores) ya no quieren sino más y más utilidades. Y ustedes, muy señoras mías (van a disfrutar) de la obra de arte de mis manos; pero yo, el zapatero, (que sufro) tántos males y desgracias lo estoy mostrando noche y día en esta tienda. ¿Quién de nosotros puede tragar (un bocado) hasta tarde? ¿o (beber) hasta la madrugada? No me parecen a mí tan ricos los (panales) de Mición (...). Y lo que es más, yo mantengo trece esclavos que son, señoras, la pereza andando. Ellos, si es que llovizna, no hacen sino decir “tráeme si traes algo”, y por lo demás todo (...) queda lo mismo, como pollos calentando sus rabadillas. “Pero, el mercado no necesita palabras” —dicen ellos—, sino **cobre**. En fin, si este par no te gusta, Metro, él te sacará otro par y otro hasta que razonablemente te persuadas que Cerdón no dice mentiras. Tráeme, Pistos, todas las cajas del depósito. Es que, señoras mías, ustedes van a regresar a sus hogares con los brazos bien cargados. Escogan ustedes mismas: todo legítimo y bien variado. Hay de Sición, zapatillas de Ambracia, de Nosos, de Quíos, aquí hay de color **verde-loro**, estas son de cáñamo, aquellas traídas de Baucis, miren estos esparpines, aquellos son de Jonia y tienen botones, vean estas sandalias de noche, y qué me dicen

de estas muy femeninas, miren de imitación cangrejo, pantuflas de Argos, esas de color escarlata, las de allá para niños, estas babuchas... ¡Ordene cada una lo que le dicte el corazón, que ustedes saben que las mujeres y los perros le tiran al cuero!

Metro—Gracias, ¿ese par que cogiste ahora, a qué precio quieres venderlo? Pero no pongas esa cara así que nos vas a hacer marchar.

Cerdón—Mira, si quieres ponle tú misma el precio. A ver, ¿cuánto crees que vale? Después, porque de todos estos pares, madama, no fácilmente escogiste el preciso...

Metro—Oye, te lo ruego, vayamos al grano...

Cerdón—Pues precisamente eso... —y juro por esta cabeza cenicienta donde hace su nido la zorra—. ¡Ah, (los negocios) traen el jornal del que vive el trabajador! ¡Tú, Hermes “aprovechador”, y tú, “aprovechadora” Persuación, si ahora no le saco el jugo a esta oportunidad no sé cómo va a prosperar este cacharro!

Metro—¿Por qué rezongas, y no sueltas libremente la lengua para decir el precio?

Cerdón—Mi señora, este par vale una mina. Mira al cielo o mira al suelo: ni un céntimo de cobre se rebajará del precio, aun cuando la propia Atenea venga a comprarlo.

Metro—Tu tienducha está, Cerdón, repleta de cantidad de bellas obras: guárdalas y trabaja más. Porque el día veinte del mes de Taureón, Hécate hará el matrimonio de Artacene, y va a necesitar zapatos. Puede ser, so desgraciado, que pronto y con seguridad te compren ellas. ¡Pero cierra bien la bolsa con tus minas, no sea que las comadreja las dispersen...!

Cerdón—¡Ven, Hécate! ¡Ven tú, Artacene! Por una mina, no menos, llévatelos. Antes que (ellas vengan), te ruego recuérdalo.

Metro—Que nó la buena ventura, Cerdón, te conceda tocar los pies delicados que anheles y quieras tocar. Porque eres un hombre ruin, eres una infamia. Así, de nosotros no vas a sacar más que la Aurora de Eoleo (¡quien soñó con grandes riquezas, y al despertar se encontró con que le habían ro-

bado!). Pero, bueno, ¿a qué precios vas a poner ese otro par a esta amiga? Suelta a tiempo una propuesta digna de tí.

Cerdón—Cinco estateras, por los dioses todos, la arpista Eveteria me ordenó cobrar, y me tiene loco todo el día, pero yo odio esa mujer, aun cuando me promete cuatro dárlicos, y por causa mía insulta a mi esposa con malos tratos. Pero si tú necesitas este, ven —estoy dispuesto a darlo en menos de tres—: coge este par, y este otro. Para ustedes todo por siete dárlicos, en gracia a esta bella Metro que está aquí. Y no me contradigas. ¡Es que tú puedes llevarme a mí, el zapatero de piedra que soy, a volar hasta los dioses! Es que tú tienes —¿qué diría yo?— ¡no una lengua sino una criba de placer! ¡Ah, aquel a quien abres tus labios día y noche no está muy lejos de la gloria!... A ver, pon acá tus lindos pies: permíteme colocarte estos zapatos. ¡Ajajá! ¡Ni más ni menos! ¡Todo lo bello armoniza siempre con las bellas! Míra, tú misma puedes decir que la diosa Atenea hizo el corte de la suela. Ahora tú, presta acá tus lindos pies. ¡Ah, otro que pisare estos zapatos se ganará (como castigo) una enfermedad en sus mugres cascos! ¡Y si alguno en estas suelas probare su cuchillo, por el hogar de Cedrón!, esta obra maestra no sería tan legítima como lo es. Hola tú, ¿no me darás siete dárlicos por este, tú, señorita, que ríes tontamente contra el portón, más chillona que una yegua? Señoras mías, si ustedes necesitan otras cosas, o sandalias, o suelen llevar algo a la casa, no es sino que manden la razón con la criada. Y tú, Metro, ven a verme el 9 para que cargues con tus zapatos imitación de cangrejo: ¡porque el abrigo de piel conviene calentarlo mejor y coserlo adentro con sumo ciudadano!

(Trad.: M. Briceño J., S. J.).